

prender investigaciones relativas a *El nacimiento de la banca en América Latina...* Aunque, en realidad, me conformo con lograr que quieran saborear la lectura del apetitoso libro reseñado, relativo a una historia que no es fácil de entender y a la que su autor nos intenta acercar de una mane-

ra amable y muy digerible, con la idea de que nos deje un buen “sabor de boca” sin importar las muchas interrogantes que están sin resolver. Podemos estar o no estar de acuerdo con puntos, temas o la manera de abordarlos en lo que no se puede disentir es en el objetivo general del profesor de El Co-

legio de México sobre la necesidad de impulsar más y mejores investigaciones sobre el crédito y las finanzas latinoamericanas, que nos ayuden a esclarecer las interrogantes pendientes y que nos permitan abrir muchas más que hoy en día son invisibles a nuestros conocimientos.

A la luz de la caricatura

Alejandro de la Torre Hernández*

Esther Acevedo (coord.), *A la luz de la caricatura. Diccionario gráfico de México 1861-1903*, México, INAH, 2021, 428 pp.

Bien se sabe que el humor, cuando se ejerce pública y colectivamente, además de proporcionar esparcimiento y solaz, por medio del ejercicio de la risa (a veces inocente, otras maliciosa), se ha utilizado desde hace mucho tiempo como un instrumento político pa-

ra criticar y deslegitimar a los poderes establecidos. Y precisamente a ello se debe que hablar de la caricatura, y de la caricatura política en particular, sea un asunto serio. Quienquiera que haya estado cerca de su influjo, lo puede constatar.

Tradicionalmente, una de las manifestaciones de humor político ha sido la caricatura; manifestación artística que, desde hace varios siglos se incorporó al séquito contrahecho de las artes menores, y se convirtió en escenario de enconados enfrentamientos ideológicos, y de auténticas batallas culturales, espacio de representaciones satíricas de la vida política, foro desacralizador de los poderes

mundanos y ultraterrenos, y foro para la puesta en escena de las aspiraciones sociales y la crítica de costumbres. La caricatura, además, se amalgamó con distintos lenguajes políticos y de la mano de la sátira construyó un universo autónomo, marcadamente autorreferencial, ceñido a una lógica muy singular que se alimenta de la realidad y al mismo tiempo la transforma.

Así se explica, en parte, su profunda ambivalencia: si bien la anima una aspiración humorística, no puede dejar de dialogar con la solemnidad que la nutre ni con el dramatismo que suele motivarla. Quizá por eso deja una sensación agrídulce, como la que deja a su

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Una versión abreviada de este texto se publicó en *La Jornada Semanal*, 3 de julio de 2022.

paso la revelación de una verdad incómoda que se mantenía convenientemente oculta bajo los ropajes de la solemnidad. Pues precisamente, una de las funciones intrínsecas de la caricatura consiste en desenmascarar lo que los poderes insisten en esconder de la vista del público. Hablando mal y pronto: la caricatura política sirve para confirmar que el emperador va desnudo. Y esa constatación nos inquieta y nos tranquiliza a la vez.

La caricatura, pues, despliega ante nuestros ojos un universo gigantesco, uno de cuyos centros gravitacionales, inevitablemente, lo ocupa la imagen del poder; pero para acceder a ella (a esta imagen) es necesario exhibir los mecanismos que lo hacen funcionar... para lo cual el arsenal del caricaturista acude a una insospechada panoplia de recursos que le dan sustento a un relato gráfico que trastoca y reconstruye las reglas de la realidad, provocando que lo deforme, contrahecho, grotesco, ridículo o monstruoso, terminen siendo rasgos más reales que la propia realidad.

En cierto modo, la caricatura se erige en ojo deformante de la opinión pública, que juzga muchas veces de modo implacable, a los actores de la clase política. Una especie de juez carnavalesco que, entre broma y broma, condena y castiga simbólicamente a los figurantes del espacio político. Ésta se constituye así en espacio de moralización política; se vuelve un instrumento pedagógico que muestra, ante la complicidad del espectador, los rasgos fundamentales de lo correcto y lo incorrecto.

Es justamente en esta dimensión didáctica en donde la cari-

catura adquiere gran parte de su peso y de su seriedad. Su fuerza —por momentos temible— consiste en que su mirada múltiple es capaz de reorganizar la lectura del orden político (de lo político) desde un espacio de producción cultural regido por la irreverencia. Es decir, el poder de la caricatura radica en su capacidad de subvertir el orden simbólico del poder político, construyendo una dimensión paralela, en la que “el hábito sí hace al monje” y en el que “las apariencias no engañan”. Una realidad alterna en la que las figuras de autoridad (o que debieran considerarse dignas de respeto) se transforman orgánicamente en seres ridículos, repulsivos, grotescos o amenazantes, que han abandonado para siempre la apariencia humana y, lo que es peor, se muestran a los ojos del público exhibiendo esta desnudez.

Hace un buen tiempo que, en términos de cultura material, nos hemos venido acostumbrando a la fealdad de los objetos. Y no es sólo a causa de la autodestructiva costumbre de consumir cosas desechables que se acumulan en los vertederos de nuestra conciencia como chatarra obsolescente. Es quizás un fenómeno más complicado que eso. Se trata de que nos hemos habituado a convivir con la fealdad de las cosas que nos rodean en nuestro día a día, cosas que, además, han ido perdiendo paradójicamente su materialidad en esta era en la que todo se desvanece en el ciberespacio. De modo que nuestra cultura material parece marcada por una aparente “ligereza” que, en flagrante contradicción con su cacareada naturale-

za, produce volúmenes increíbles de chatarra —real y virtual— a una velocidad meteórica.

El atento lector se preguntará: ¿y eso qué tiene que ver con un libro de caricatura política del siglo XIX? Y aunque reconozco que la conexión es muy indirecta, el vínculo es sencillo: creo que la aparición de un gran libro bellamente impreso (que vale su peso en papel cuché) es sin duda un pequeño pero muy significativo triunfo de la civilización sobre la barbarie a la que quiere condenarnos el consumo irrefrenable de lo feo, de lo vano y de lo inútil. Obra titánica capitaneada por Esther Acevedo, con la colaboración valiosísima de cuatro investigadoras más de aguda inteligencia: Helia Bonilla, Gretel Ramos, Norma Angélica Pérez y Mónica Ponce.

Con solo abrir el libro —es fundamental hacer esta advertencia— se siente cómo se desata un torbellino de rostros bufos, grotescos, extravagantes, que nos agita, nos despeina y, en un descuido, nos deja dando vueltas en el aire. Por sus páginas desfilan presidentes que hubieran querido ser reyes, monarcas que hubieran preferido ser ciudadanos, militares cobardes con pretensiones de conquistar el mundo, ministros que querrían nunca vivir fuera del presupuesto, diputados de estupidez inocultable, miembros de la Suprema Corte que sueñan con la silla presidencial, consejeros perversos, periodistas serviles (y de los otros) con su pluma en ristre, jueces venales, impresores exquisitos, poetastros, escritores a sueldo, eruditos, “intelectuales”, gobernadores atrabiliarios, ricachones miserables, obispos

cubiertos de oro, traidores cubiertos de fango, tiranos manchados de sangre..., además de la pléyade de arribistas, funámbulos y ambiciosos vergonzantes que (siempre) se agitan en el inframundo de la escena política de todos los tiempos. Y un par de toreros, ídolos de las masas. Pero eso sí, no aparece ninguna mujer: una muestra de que la opinión pública y el escenario político eran espacios patriarcales, masculinos (y *masculinistas*) por antonomasia..., con las notables excepciones de Doña Paz Trancazo y Caralampia Mondongo, ausentes del diccionario por ser personajes de ficción, criaturas vicarias que, como *El Padre Cobos*, *El Ahuizote* y su progenie, asumían la tarea de señalar lo grotesco y de ejecutar la venganza simbólica, a nombre de los plebeyos.

En el último rincón del libro, apartados del resto, en manifiesto conciliábulo chocarrero y aislados, como para que no cunda su contagio, están agrupados los caricaturistas, los confesos autores intelectuales y materiales de esta abigarrada y alucinante imaginaria política. Éstos son los sospechosos comunes: Jesús Alamilla, Daniel Cabrera, Alejandro Casarín, Constantino Escalante, Santiago Hernández, Jesús Martínez Carrión, Eugenio Olvera, Ángel Pons, José Guadalupe Posada y José María Villasana.

Aunque en un recorrido metódico, en riguroso orden alfabético como corresponde a un diccionario, el libro es una caravana delirante de criaturas bufonescas que en conjunto celebran una bacanal de sombras que, desde los pliegues secretos del tiempo, se ríen con lu-

cidez y desencanto. Se incluyen 163 personajes, que van de Victoriano Agüeros a Nicolás Zúñiga y Miranda, se ríen con y de nosotros, que creemos “inventar” el mundo en nuestra infinita soberbia presentista. Y no. El mundo ya estaba ahí, y ya era un lugar caótico en el que era mejor reír para reprimir el llanto. De hecho, no es sólo que nosotros miremos las caricaturas, sino que son ellas quienes nos miran y no pueden dejar de reparar en nuestra imperfección, nuestra impostura, nuestra estulticia invencible, nuestra irrevocable decadencia... No puede dejarse pasar el hecho de que, si se mira así, la caricatura política encierra algo de nigromancia.

Cuatro cuerdas le dan cuerpo y sonoridad al libro: la biografía que recorre sucintamente la trayectoria vital de los personajes; el retrato “real” de los sujetos caricaturizados que deja registro de la apariencia humana de los sujetos y documenta el denodado esfuerzo de los personajes por parecerse a su caricatura; la anécdota, que encuadra la labor de los protagonistas en su contexto y refiere los episodios definitorios de su personalidad (y que a menudo los condenaron a comparecer en la gráfica política de un modo determinado); y los “recortes”, que permiten mirar en detalle a los personajes retratados y apreciar las transformaciones que sufrieron a lo largo del tiempo, así como los modos en que fueron representados por el lápiz de los distintos caricaturistas.

Además, al final se incluye un catálogo que permite apreciar las imágenes en su integridad. Por

fortuna, para el público interesado en estudiar la totalidad de las caricaturas, éstas se pueden consultar vía electrónica en la Mediateca del INAH.

Con todos los elementos citados, esta obra, coordinada por Esther Acevedo, es un singularísimo instrumento de navegación para surcar el agitado mar de tinta de la caricatura decimonónica. Es a la vez mapa y astrolabio, sextante, brújula y catalejo. Y el instrumento es tan útil que no sólo sirve para acercarse a las artes gráficas de la época, o a la iconografía política puesta en juego a través de la caricatura, sino que es también un material de enorme valía para escudriñar los entresijos de la cultura impresa, para analizar los resortes y engranajes que hacían funcionar la así llamada opinión pública, para intuir las líneas de diálogo entre literatura y política, periodismo y poesía, historia patria y rumorología, pintura académica e imágenes plebeyas, solemnidad cívica y diversiones populares...; en suma, para intuir todas esas intersecciones que posibilitan y dan cuerpo a la historia cultural.

Estoy consciente de que encontrar belleza en las herramientas de trabajo es un placer que cultivan quienes comparten un oficio o una afición. Los escritores elogian “la pluma”, quienes se dedican a las artes plásticas hablan de la belleza de los pinceles de pelo de camello, o de los lienzos de lino virgen. Así, quienes cultivamos las humanidades no podemos dejar de reparar en la belleza de los libros, valiosísimas herramientas de trabajo en las que nos

subimos para alcanzar las alturas del pensamiento, o a veces sólo las alturas. Y supongo que los carpinteros harán lo propio con cepillos, serruchos, berbiqués y

demás instrumental; y seguro harán lo propio plomeros, cerrajeros y electricistas. El hecho es que el libro *A la luz de la caricatura...* conjuga magistralmente utilidad

y belleza; tanto así que, por caricaturizar a José Gaos, podemos decir: “Lo bello, si útil, dos veces bello”.

Breve manual ilustrado de educación sentimental

Odette María Rojas Sosa*

Andrés Ríos Molina y Saydi Núñez Cetina (coords.), *Melodramas de papel. Historias de la fotonovela en México*, México, IIH-UNAM, 2021, 402 pp.

—*Hola, Susanita, ¿qué lees?*

—*Fotonovelas.*

—*¡Pero, Susanita, no podés llevarte la cabeza con esas estupideces! ¡En el mundo están pasando cosas importantes; cosas que de pronto cambian el destino de la humanidad!*

—*¡No me lo recordés, tarada! ¿O por qué crees que leo fotonovelas?*

Mafalda

Amor, humor, emociones enfermas, sexo, las bellas y los galanes

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

más cotizados son apenas algunas pinceladas que sirven para describir lo que fueron las fotonovelas, esas publicaciones que hace tan sólo unas décadas poblaron los puestos de periódicos de la esquina, la sala de espera del dentista, la peluquería, las casas de ávidos lectores que las compraban, acaso de manera furtiva o, quizá, sin mostrar empacho. Lo cierto es que en la actualidad parece difícil entender el impacto de las fotonovelas a lo largo de casi medio siglo y, en especial, durante sus años de auge, cuando tuvieron tirajes de cientos de miles o hasta millones de ejemplares.

Paradójicamente, un buen número de estas revistas, que incluso trascendieron las fronteras nacionales y llegaron a circular por gran parte del continente americano, hoy son casi desconocidas y

ni siquiera pueden localizarse en la Hemeroteca Nacional. Resulta muy interesante lo que a ese respecto señalan los coordinadores del volumen, porque en la disciplina histórica las fuentes son esenciales y, en su caso, no todos los autores que participan tenían la facilidad de ir a un archivo o repositorio específico para consultar los ejemplares, lo que llevó a varios de ellos a indagar en internet, tianguis o entre coleccionistas y vendedores de revistas de segunda mano, con el objetivo de hallar su objeto de estudio.

Aunque se les podría descalificar como entretenimientos insulsos, no es asunto menor el alcance que registraron los contenidos de las fotonovelas, cuyos altos tirajes son expresivos de la existencia de un público lector deseoso de consumirlos, semana a semana,